

Prólogo

Patxi Lanceros

Todas las cosas, se dice o se decía, tienen su momento, o su momento de la verdad —su sazón—. Puede, aunque no lo creo, que el momento uno y único corresponda a todas las cosas, a cada cosa; pero la cosa característica que es —o era— el libro tiene, al menos, dos momentos: y el segundo se difiere y se divide, se prolonga o se prorroga. Se puede, al menos, multiplicar.

El primer momento —arduo, taciturno, también entusiasmado— es el de la escritura. Ese largo momento en el que se libra una denodada lucha con (no contra) el contenido y el estilo, con la información disponible y con la información (mucha más, siempre mucha más) requerida, con la que falta o falla, con la que se impone como amenaza o sombra en el modo de la ausencia, con la que tal vez acecha y puede abolir el trabajo realizado. Ese largo momento transcurre, frecuentemente, en la intimidad, en el secreto. O, todo lo más, se confía a (y se confina en) escasas conversaciones. Ese momento es, de verdad, el momento de la verdad. Cuando termina, cuando el libro está listo para la firma, una verdad ha sido decidida, ha si-

do dicha, ejecutada: como se ejecuta una sentencia. Aunque el libro sea «para siempre» (un) presente, ese momento queda —de verdad— rezagado, convertido en pretérito: acaso perfecto, decididamente imperfecto o moderadamente indefinido.

El segundo momento es el de la publicación y la publicidad, el —corto o largo, impredecible— momento de la lectura. Que se ha dicho, se di-vierte y se difiere. Emancipado o manumitido de la mano de su autor(a), el libro ha de valerse, o invalidarse, por sí mismo. Tal vez un nombre en la portada lo vincule a una trayectoria (de creación y/o investigación), tal vez ese nombre añada, o reste, valor y atractivo. Pero nada evita la confrontación entre el libro y el esperado y desconocido lector. Que nada sabe, ni ha de saber, de intenciones y propósitos —aquellos que su autor(a) ha tenido, tenía o tuvo—; que sólo sabe de resultados y logros: libre ya de la tutoría inicial, libra, el libro, otra batalla, que, por fortuna, suele ser incruenta: con el lector uno y múltiple, y con la circunstancia en la que se publica, en la que se hace público y al público se ofrece.

Seguramente en el pretérito del libro que el lector (acaso hipócrita, siempre semejante y en cierto sentido hermano) tiene en sus manos, hubo propósitos, ha habido intenciones, había un diseño o un designio: o dos, si se tiene en cuenta —que no es ni obligatorio ni necesario— el que incorpora este prólogo. La autora, Melania Moscoso, da noticia al respecto ya en el título, y en la introducción.

Pero otro es el tiempo de la lectura. Y el tiempo de la lectura indica que re-citar la aurora de la modernidad, o re-iterar los mayores caminos que han atravesado esa misma modernidad a la que tal vez observamos con nostalgia o intentamos sostener con recelo, dista de ser una actividad ociosa. Y dista de ser, a la vez —o a su vez—, una actividad erudita o *meramente académica* (*sit venia verbo*).

La modernidad resistente, acaso residual, que nos sostiene, o en la que a duras penas nos sostenemos, ha visto socavados

los cimientos de su antaño poderosa arquitectura. Y ha visto cómo son relegados —en ocasiones sin haber sido rigurosamente *puestos en cuestión*— los ejes de su proteico dinamismo cognitivo y normativo.

No es seguro que la tesis ya kantiana (y, sin duda weberiana, y aun rortyana) de la diferenciación de las esferas de valor, o de los ámbitos de significado y sentido que colisionan en la vida cotidiana, con cuyo espléndido resumen comienza Melania Moscoso este libro y a la vez ubica el problema, siga conservando su vigencia heurística. Y mucho menos seguro es que pueda derivarse de ella un programa o proyecto (o dos) de educación moral y de educación cívica (esquivo, por el momento, el sintagma «educación para la ciudadanía», que tantos inicuos combates sin debate ha propiciado en esta esquina del planeta). No es seguro que las tramas teóricas que en ella se basan (ya asuman forma de teoría de la acción o de teoría de los sistemas, ya aspiren a pertinencia normativa o a adecuación descriptiva), conjuren los riesgos de una creciente falta de fundamento.

Entiéndase bien: no se quiere insinuar que el repaso, o la «llamada a consulta», de esas tesis o de esas tramas teóricas sea un ejercicio ocioso. Más bien lo contrario es cierto: quizá en el ejercicio de re-citar (con obvias y necesarias distorsiones), o en el de re-iterar (con obvios y necesarios desvíos), haya una posibilidad de conducir este presente a otro pensamiento, de continuar el ineludible trabajo del concepto (o viceversa).

Elegir los ejes de la educación y la ciudadanía (todavía no unidos en, al parecer, ominoso sintagma) es una decisión mayor y que no carece de consecuencias. Supone una (pre)comprensión de la modernidad que es capaz de unir en un punto lo mejor y mayor de sus plurales programas. No sólo permite atravesar los territorios moral y político, no sólo la selva (o ya páramo) de lo social, sino el estilo y el sentido en los que se han pensado las ciencias y las artes, la cultura en su totalidad, o las dimensiones de la historia (y del lugar en ella

tanto de los individuos como de las colectividades, sean estas últimas de la índole que sean), o la condición humana en su conjunto y en sus plurales conjugaciones y declinaciones, y las condiciones no humanas en las que la humanidad se asienta o con las que se debate. Todas las grandes palabras a través (y a partir) de las que la modernidad intentó su adecuada autodescripción, o redactó su plural epopeya (Razón, Progreso, Emancipación, Madurez, Libertad, Igualdad...), tienen su lugar, también su momento —su momento de (la) verdad—, en esos ejercicios, más cotidianos, acaso más discretos, que son la educación y la ciudadanía. La una por la otra, la una con la otra.

Melania Moscoso censa esos ejercicios con paciencia y rigor (ajenos ambos a aquel optimismo que inspiró los venerables proyectos en los que antaño se insertaron la educación y la ciudadanía), con escrupulosa erudición no exenta de una cierta ironía; o de una ironía certera. Da cuenta de las (pre)condiciones, lógicas o ideológicas, que hicieron posible y convirtieron en necesaria la moderna singladura cívica y pedagógica: lo que significa retratar y evaluar la modernidad en sus comienzos y en su desarrollo, lo que implica aventurar algo al respecto de su futuro o de su destino —si esas dos últimas palabras se pueden utilizar, todavía hoy, sin impunidad y sin recato—.

Y discute, con gran estilo e impar competencia, los grandes programas que, ya en el pasado siglo (veinte), intentaron estabilizar fundamentos —de índole psicológica y social, lingüística, incluso «natural»— con la pretensión de universalizar un modelo de educación, un criterio de ciudadanía; un estilo de modernidad y modernización. Es posible que a través y a partir de esa bien trabada discusión, de ese impecable debate, alguno de los grandes temas que hoy nos reclaman, encuentren cauce adecuado y caudal fecundo.

Quizá porque el necesario cuestionamiento de los principios modernos ha sido secuestrado y porque un evidente deterioro afecta tanto a la educación como a la ciudadanía. Qui-

zá porque lo que se ha instalado como residuo de modernidad es la cáscara vacía de una retórica cada vez más desarticulada. Y cada vez menos convincente. Y así, instancias huérfanas, categorías prófugas, intentan sobrevivir, o *sobremorir*, en la dinámica frenética de una globalización que amenaza con destruir —sin compasión y sin remedio— las condiciones y las garantías que se instituyeron sobre lo mejor del discurso moderno.

Categorías prófugas y conceptos-*zombi*: allí donde se bloquea el ejercicio de la libertad y de la igualdad, allí (aquí) donde el futuro ha dejado de ser promesa y ha pasado a ser amenaza o coartada; o donde una concepción de la condición humana en la historia ha dejado de ser factor unificador y universalizador —todo lo problemático o aporético que se quiera— y ha sido sustituido por una dinámica de adaptación, por una (pseudo)lógica de la necesidad que puede (y acaso debe) prescindir de modernidad, que se permite cuestionar el ejercicio pleno de la ciudadanía y que opta por travestir la educación convirtiéndola en instrucción, o el conocimiento en información.

El impulso que alcanzó hasta mediados del siglo XX y que se prodigó en todos los ámbitos de la teoría y de la práctica (tanto en las artes como en las ciencias, en las letras y en los programas de acción individual y colectiva) estaba, es cierto, afectado por infatuaciones varias; también es cierto que, en algunos casos, propició o consintió escenarios de inigualable terror. Todo es deuda, imposible de satisfacer, de una modernidad que tal vez no supo nutrirse de sus propias contradicciones sometién-dolas a un cuestionamiento eficaz. Pero algo sucede cuando el terror, inigualable pero insistentemente imitado, amenaza con extenderse sin contrapesos adecuados. Algo sucede cuando la frecuente infatuación moderna ha sido desplazada y suplantada por una difusa fatuidad cómplice.

When was Modernism?, se preguntaba en un esclarecedor textito Raymond Williams. ¿Cuándo fue la modernidad?, po-

dríamos preguntarnos tras la lectura de este libro. La pregunta por el «cuándo» exige, obviamente, complementos. Y las variadas respuestas que tolera inducen a pensar en modernidades abortadas, en pulsos perdidos, en impulsos sometidos. Las variadas respuestas exigen interrogar no sólo por el tiempo, sino por el estado de una modernidad que claudica, una modernidad terminal con síndrome de inmunodeficiencia congénita o adquirida.

Claro está que la pregunta se ha de dirigir a las ciencias y a las artes, a las varias literaturas, claro que ha de dirigirse a cursos y discursos que se pretendieron autónomos y que hoy sólo ocupan un lugar en el mundo por cuanto hallan un lugar en el mercado.

Pero no solo la pregunta ha de dirigirse a lo que constituyó, desde el principio y por principio, el nervio de la modernidad. La sospecha, al menos, de que la humanidad —con tropiezos y desvíos, con traumas y desmayos— es susceptible de variación. Y esa variación, convenientemente orientada, puede ser experimentada como mejoría o incremento o progreso.

La idea de que más acá del Reino de los Cielos (de optativa adhesión) se podía construir una especie de República de la tierra (o de federación de repúblicas, para ser más exacto) condujo una parte sustantiva de las exploraciones modernas. Esa idea presupone y avanza otras de índole ontológica, ética, estética, científica. Sin duda también —por cierto o por supuesto— teológica. Y es el necesario cuestionamiento de esas ideas lo que se ha abolido en los últimos años.

Cuestionamiento. Esa es, entiendo, la tarea. Sin miedo y sin nostalgia, sin compasión y sin pudor, sin concesiones pero sin renunciaciones.

Cuestionamiento. Ese es, entiendo, el tono y el tino, y en cualquier caso, el efecto de este libro de Melania Moscoso. La autora hace gala de conocimientos amplios y precisos. Pero eso es «sólo» cuestión de oficio. Hace gala además de una in-

quietud que se percibe en cada línea, que se sostiene en la totalidad del texto: inquietud por las consecuencias, previstas o no, de cada paso que se ha dado en ese largo proceso en el que la educación y la ciudadanía se dedicaron a pensar en la cúpula, en esa «y» que une y separa a ambas. Y es una inquietud, no por la pertinencia, por la conveniencia o deseabilidad (o no) del éxito de ciertas propuestas. Es una inquietud por su verdad. Es una inquietud genuinamente filosófica.

La (in)cesante modernidad exige ese cuestionamiento, necesita esa inquietud.

Porque sólo la impecable e implacable interrogación a programas que nos han dejado huérfanos augura —no asegura— que los espacios se abran y que en ellos se asilen otras formas de inquietud y más preguntas. Preguntar, ya se sabe, es la piedad del pensar.

Sólo una cosa resta para concluir. Tuve la fortuna —casualidad o destino— de conocer este libro en el momento de la escritura. En ese momento en el que el trabajo de la autora transcurría en la intimidad, casi en la clandestinidad; en ese momento en el que algunas conversaciones participaban inquietudes y auguraban resultados. Este prólogo se escribe, sin embargo, desde el momento de la lectura. Desde este momento en el que mil inquietudes públicas hacen aun más pertinente la inquietud del libro. La inquietud «que es» su autora, Melania Moscoso.